



Comunicación y Hombre

ISSN: 1885-365X

j.conde@ufv.es

Universidad Francisco de Vitoria

España

Ruiz-Alberdi, Cristina

Las virtudes en el proyecto educativo del padre Manjón

Comunicación y Hombre, núm. 10, enero-diciembre, 2014, pp. 81-93

Universidad Francisco de Vitoria

Pozuelo de Alarcón, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=129432541011>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Revista interdisciplinar
de Ciencias de
la Comunicación
y Humanidades

comunicación
y Hombre
uh

Artículo extraído del número 10 de *Comunicación y Hombre*
NOVIEMBRE 2014

10

INVESTIGACIÓN

Las virtudes en el proyecto educativo
del padre Manjón

RUIZ- ALBERDI FERNÁNDEZ, Cristina
(Universidad Francisco de Vitoria)



Universidad
Francisco de
Vitoria

UFV Madrid

Las virtudes en el proyecto educativo del padre Manjón

The virtues in the Father Manjón's educational project

El padre Manjón (1846-1923) fue un sacerdote católico, humilde y prudente. La cátedra de Derecho Canónico en la Universidad de Granada y su fundación de las Escuelas del Ave María le permitieron conocer los dos espacios educativos, el escolar y el universitario. El objetivo que nos proponemos en este artículo es analizar su obra: "El maestro mirando hacia dentro", donde el padre Manjón nos muestra al maestro virtuoso y ejemplar, fundamento de su proyecto educativo hacia el encuentro personal docente-discente.

PALABRAS CLAVE: vocación, educación, maestro, virtud, antropología

Father Manjón (1846-1923) was a humble and sensible catholic priest. His professorship in Canonical Law at the University of Granada plus his foundation of the Ave María Schools allowed him to distinguish and understand the scholar and the undergraduate educational fields. The objective of this article is to analyze Manjón's work: "El maestro mirando hacia dentro", where he describes the virtuous and the exemplary teacher.

Key Words: vocation, education, teacher, virtue, anthropology

KEY WORDS: vocation, education, teacher, virtue, anthropology

1. Introducción

En la Historia de la Educación hay una fecha que marca un gran cambio educativo, el año 1889, con la creación en Inglaterra de la Primera Escuela Nueva, llamada Abbottsholme y fundada por el Dr. Cecil Reddie (Carreño, 2002: 27). Unos años más tarde, en 1896, John Dewey fundará la Escuela Progresiva en los Estados Unidos. En los comienzos del siglo XX, Ovide Decroly en Bélgica y María Montessori en Italia aplican sus conocimientos científicos de niños con deficiencias a la educación de todos. Y en 1908 el pedagogo alemán, Georg Kerchensteiner abre una nueva vía educativa: la Escuela del Trabajo, pionera de la Formación Profesional. El padre Manjón nació el año 1846. En 1889 fundaba su primera Escuela del Ave María con las características pedagógicas de La Escuela Nueva. Pero hay algo pecu-

liar en él. A pesar de desarrollar innovaciones educativas, en ningún momento olvida que el maestro necesita de las virtudes para ser un referente del niño.

2. Los cambios educativos en la época del padre Manjón

¿Por qué la Escuela Nueva? La Ilustración aportó a la mentalidad europea un optimismo fundado en la confianza en el progreso social a través del conocimiento científico y el despliegue técnico. Los ilustrados creían en el poder benéfico de la educación. Confiaban en el potencial del hombre para desarrollarla, razón por la cual situaron al niño en el centro de atención e interés. Ya había dicho Juan Luis Vives (1492-1530) en su obra *Tratado de la Enseñanza*, que el niño era diferente al adulto y requería una formación apropiada. Juan Amós Comenio (1592-1690) animó a enseñar todo a todos en su obra *Didáctica Magna*.

La Escuela Nueva se desarrollaba en un internado al aire libre. Las ideas naturalistas de Jean-Jaques Rousseau, la importancia del juego de Friedrich Fröbel, el desarrollo de la curiosidad mediante la actividad de John Dewey, y el desarrollo del juicio más que de la memoria de Johann Herbart, fueron los cimientos de esta nueva idea para la escuela.

El ambiente que vivió Manjón cuando estudiaba en la escuela de su pueblo en Sargentes del Lora (Burgos), era el propio de una zona rural pobre y analfabeta. La Escuela de Sargentes nunca le gustó a Andrés, su estilo duro de educar no lo comprendía. Sus padres tenían que hacer frente a cinco hijos y muchas dificultades económicas, por lo que tuvieron que pedir ayuda a un familiar. Gracias a esto pudieron llevarle al colegio de un pueblo cercano llamado Sedano. Ahí tuvo un maestro que respetaba su afán de independencia y de disfrutar de la naturaleza. Estudió luego en el Seminario de Burgos. En el año 1872 se licenció en Derecho en la Universidad de Valladolid. Terminada la carrera prosiguió sus estudios hasta alcanzar el grado de doctor en Derecho Civil y Canónico. Opositó a la cátedra de la Universidad de Valladolid, pero no la consiguió. Posteriormente se presentó a la cátedra de Santiago de Compostela, que obtuvo en 1878. En 1880 ocupó la cátedra de la Universidad de Granada.

2.1. La llegada a Granada

En 1880, Andrés Manjón llegó a Granada y comenzó sus clases en la universidad. Lo que más le gustaba era hablar con los estudiantes. Por las tardes asistía a una tertulia en el café Alameda, aunque tuvo que dejarla por su dedicación al estudio.

Fue nombrado profesor del Sacromonte, una abadía donde se cursaba Teología y Bachillerato. Peramos nos cuenta que: "Subía diariamente desde Granada, una vez despachada la lección de la Universidad, caballero en mansa borriquilla y atravesaba el barrio de los gitanos, donde, entre chumberas, se abren en las montañas las bocas de sus cuevas. Una turba infantil, sucia y desharrapada salía a su encuentro en petición de limosna". (Peramos, 1959: 14).

Poco a poco, Manjón fue madurando la idea del sacerdocio. El 16 de junio de 1886 se ordenó sacerdote. Le concedieron vivir en una celda de la Abadía y supo compaginar las clases de la universidad con la Abadía del Sacromonte. Un día, cuando bajaba en su burra a la ciudad, oyó cantar a unos niños y observó que una maestra mayor (a la que llamaban la maestra migas) les enseñaba. Era una mujer sin formación académica, pero sabía instruir a

los alumnos. El padre Manjón comprendió que debía proteger con ayuda y alimentos a esta pobre escuela. La maestra, sin medios ni recursos económicos, lo había conseguido. Esto le hizo pensar con claridad que debía comenzar su proyecto.

Fundó su escuela con catorce niñas gitanas, pero fueron llegando niños y niñas hasta llegar a los trescientos alumnos. La escuela era gratuita. Enterados de la noticia, los vecinos de Granada no tardaron en hacer donativos. Manjón llamó siempre a estos fondos: "Banco de la Providencia" (Peramos, 1959: 13). Así comenzó lo que serían las Escuelas del Ave María. Para las fundaciones necesitaba maestros. Pero ¿cómo aprenderían? La única solución era crear una escuela de maestros.

La situación de las familias de los niños le preocupaba especialmente. Peramos nos dice:

¿Qué sabía él de los padres, de sus problemas y necesidades? ¿Cómo podría orientar y humanizar aquellas vidas? Supo que muchas de aquellas familias estaban a punto de ser desahuciadas de sus viviendas por no poder pagar el alquiler; compró las cuevas, perdonó los atrasos y rebajó a la mitad las rentas, con la intención de no cobrar ni siquiera el nuevo alquiler, sino de establecer una relación con aquellas pobres familias que le consintiera conocer sus necesidades materiales y morales para dulcificarlas. (Peramos, 1959: 20).

La Escuela del Ave María se empezó a conocer en el país. Numerosos personajes políticos, literarios y artísticos iban al Sacromonte a visitarla, como Miguel de Unamuno, Ferrer i Guardia o el rey Alfonso XIII. Él recibía a tan ilustres visitantes con la sencillez, la humildad y el sentido del humor que le caracterizaban. Cuando Unamuno le visitó, Manjón escribió en su diario:

Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca y escritor un tanto raro y averiado, ha visitado por cuatro horas el Ave María, y prometió volver. Me ha parecido ilustrado, simpático, no católico, le gusta que se hable de él, y goza con decir lo contrario de lo que todo el mundo diga. En el Ave-María le sucedió un chasco; preguntó qué significaba un triángulo, que había en la rayuela frente a Isabel II, le dije que la Masonería, que la destronó y nos impuso la revolución, y se quedó pasando saliva un rato. (Manjón, 2003: 309).

El padre Manjón cuenta, también en su diario, que Miguel de Unamuno, después de su visita a la escuela del Sacromonte, no quiso emitir ningún juicio sobre la escuela, porque a pesar de haber visto una obra increíble, le había sorprendido que no hubiese niños ricos, y esto le preocupó porque para completar la obra educativa debía haber niños ricos para prepararlos para la vida social. Al padre Manjón le interesaban los niños en toda su dignidad. Ayudaba a las familias para que saliesen de esa terrible pobreza y poder así crear una comunidad educativa sólida. En el ambiente donde estaba situada su escuela del Sacromonte, difícilmente se podía encontrar a un niño rico.

3. El proyecto educativo de las Escuelas del Ave María

José María Barrio nos recuerda: "Toda práctica educativa sólo es coherente e intelible a partir de la concepción antropológica que de manera explícita o implícita le sirve de base". (Barrio, 2010: 120).

El padre Manjón defendió la educación integral, para la totalidad del hombre. Ésta es la base primordial de su obra. En el curso académico de 1897-98, el padre Manjón dio el

discurso de apertura de la Universidad de Granada, en el que explicó la base de su proyecto educativo, no dudó en afirmar, en este sentido, que el pedagogo tiene que ser un antropólogo. Como justificación teórica de la educación integral, Manjón propone una sencilla síntesis antropológica, en perfecta línea con la filosofía realista clásica del hombre:

Un conjunto de espíritu y materia, tan íntimamente unidos, que forman un sujeto, una persona, un solo ser, el hombre; por lo que estos dos elementos guardan entre sí tal dependencia que no puede el uno obrar sin el otro y se están influyendo recíprocamente (...). La educación debe ser integral, o del hombre todo, y no educa bien quien abandona el cuerpo o el alma para cumplir su destino temporal y eterno. (Manjón, 1897: 6).

La filósofa alemana, Edith Stein, santa Teresa Benedicta de la Cruz (1891-1942) insiste en la necesidad de una fundamentación antropológica completa como cimiento en toda obra educativa, Stein nos dice: "Una antropología que no tuviese en cuenta la relación del hombre con Dios no sería completa, ni podría servir de base para la pedagogía". (Stein, 2002: 30).

3.1. Un espacio natural

El Padre Manjón tenía asimilada toda la reforma educativa que había traído la Escuela Nueva. Los niños debían ser felices en la escuela. La mejor manera de conseguirlo era en el contacto con la naturaleza. El entorno estaba lleno de árboles, frutales, agua, flores y pájaros. El niño se movía en un espacio de libertad. Esto lo conocía él bien, pues había crecido en un ambiente rural. Nunca entendió el porqué de la rudeza con la que le trataron en la escuela de su pueblo. Manjón había observado que los niños, cuando estaban a gusto, se encariñaban con la escuela. No había castigos ni amenazas. La mejor manera de aprender era jugando.

El suelo del patio del colegio estaba lleno de mapas dibujados. Para que entendiesen el cálculo, utilizaba las famosas rayuelas. Para la geografía, los niños con el puntero iban reconociendo las provincias españolas. Al estudiar historia, hacían representaciones. Un niño se disfrazaba de algún personaje histórico y así interpretaban acuerdos internacionales, tratados de paz, etc.

Los niños cantaban y pasaban ratos en la capilla. En las Escuelas del Ave María se vivía el Amor de Dios. Para Manjón los niños eran un don, porque tenía la certeza de que eran hijos de Dios, con toda la responsabilidad que implicaba eso para el educador. Sabía que el niño debe desarrollarse en un clima de amor, especialmente en el amor de su familia. Por eso tenía tan en cuenta a sus padres y hermanos.

La luz aparece a menudo en sus escritos. El padre Manjón consideraba la formación cristiana algo bueno para los niños. De él mismo decía que no quería ser un "apaga luces" de la Luz de Jesucristo. Esto lo sentía porque en cada niño le veía a Él. La cuestión de la luz nos lleva a una reflexión teológica de Benedicto XVI:

El simbolismo de la luz se relaciona con el del fuego: luminosidad y calor, luminosidad y energía transformadora del fuego: verdad y amor van unidos. El cirio pascual arde y, al arder se consume: cruz y resurrección son inseparables. De la cruz, del acto de entrega del Hijo, nace la luz, viene la verdadera luminosidad al mundo (...) Cuánta compasión debe sentir Cristo también en nuestro tiempo por tantas grandilocuencias, tras las cuales se esconde en realidad una gran desorientación. ¿Dónde hemos de ir? ¿Cuáles son los valores sobre los cuales regularnos? ¿Los

valores en que podemos educar a los jóvenes, sin darles normas que tal vez no aguantan o exigirles algo que quizás no se les debe imponer? Él es la Luz.¹

Los niños se bañaban en el río y jugaban. Todo en la Escuela del Ave María era motivo de aprendizaje, lo que ahora llamaríamos recursos pedagógicos. Manjón cuenta en su diario: "El calor abrasa. Comenzaron a bañarse los niños, y como algunos no tienen ni pueden adquirir bañador, encargué al colegio de niñas que hicieran nueve bañadores para los niños mayores, y compré dieciocho". (Manjón, 2003: 15).

Una aportación interesante del padre Manjón es su insistencia en que los niños escriban un diario. Entiende que con el hábito de la escritura de un diario el niño aprende no sólo a escribir, sino también a reflexionar y a conocerse a sí mismo.

3.2. Las virtudes fundamentales. La imagen cristiana del hombre

Cuando hablamos de la educación como una formación integral de la persona, debemos partir de los valores; después, de las virtudes que dibujan la imagen cristiana del hombre, porque contribuyen al desarrollo personal. El Padre Manjón, en su obra *El maestro mirando hacia dentro*, nos explica las cuatro virtudes fundamentales que debe tener todo ser humano y en especial un maestro. Se habla mucho de educación en valores. El padre Manjón sabía que no se puede empezar una casa por el tejado, era profundamente realista. Cuando se refiere a las virtudes, habla del cimiento moral del hombre. Cuando reconocemos los valores, los ponemos en práctica siendo virtuosos.

¿Por qué la importancia de las virtudes en la educación? Porque una de sus características es que son hábitos, y éstos se adquieren. La educación facilita o no la adquisición de los hábitos. Cada uno de nosotros nos perfeccionamos dotando de contenido y finalidad a nuestras acciones. ¿Cuál es la acción de un maestro? Educar a sus alumnos. ¿Quién mejor que él, en esa actividad, puede ser un modelo de virtudes para los niños y jóvenes?

3.2.1. La virtud de la prudencia

El Padre Manjón hablando de la virtud de la prudencia comienza así:

Prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Sobre estos cuatro pilares se levanta el edificio moral del hombre, y no hay acción, que asentada en ellos, no sea buena, ni virtud verdadera que pueda faltar al que tenga estas cuatro virtudes: el que las practique en toda su extensión y habitualmente es hombre moral y virtuoso. La prudencia es luz que alumbría el entendimiento para que conozca el fin y los medios a él conducentes, guiando la voluntad hacia el bien y apartándola del mal. No hay virtud sin prudencia. (Manjón, 1945:8).

La virtud de la prudencia es la reina de las virtudes, ella nos enseña cómo debemos actuar y cuándo no debemos actuar. Así entendida, la prudencia se confunde con la discreción o la omisión de actuaciones; pero la excesiva prudencia puede ser comodidad. También la prudencia se confunde con una persona cautelosa o con el conservador que no gasta dinero por no arriesgar. La virtud de la prudencia, a través del entendimiento, ordena a la voluntad

1/ http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2009/documents/hf_ben-xvi_hom_20090411_veglia-pasquale_sp.html(consultado el 10 de julio de 2013).

lo que debemos hacer o no. El cristiano recibe conocimiento de la prudencia, añade Manjón. Tiene que saber lo que le agrada o no a Dios. Es un escalón que subimos en nuestra relación personal y amorosa con Jesucristo, que es lo propio y peculiar de los cristianos.

Para Manjón, el maestro debe ser un hombre culto, sano y bueno, porque actúa hacia el niño y el fin es el mismo que el de la educación: desarrollar y perfeccionar al niño. Según nuestro autor, la prudencia ilumina al maestro y le hace amar su trabajo. Le hace ser guía, mentor, modelo de bien, escultor de hombres, unificador de las tres dimensiones: interna, externa y sobrenatural.

- El método del maestro para ser prudente

Un maestro cristiano debe pedir ayuda a Dios para que su labor sea más llevadera; y si todavía la eleva algo más, el maestro debe ser un apóstol del reino de Dios. Y su misión es noble, bella, elevada y grande. Debe darse cuenta de que él solo no puede, sin los padres, sin sus compañeros. Los coeducadores son necesarios para la educación integral y armónica. Además, el maestro cristiano no debe ser egoísta, ni alardear de su trabajo. Hacemos el bien cuando lo hacemos con amor y gusto. Dios y los hombres nos han entregado a los maestros sus mejores tesoros: los niños y los jóvenes. El padre Manjón lo explica así:

No hacemos bien sino lo que hacemos con gusto y con amor; no desempeñará con provecho su difícil y penoso cargo de educador si no lo ama, con todo su corazón, para lo cual necesario es que conozca cuán buena, noble, grande y trascendental es la misión a él encomendada. Salvar las almas y los cuerpos de los niños, ayudar en esta obra a la familia mejorándola, impulsar de este modo hacia arriba la sociedad y la Patria; todo esto depende en gran parte de mi educación. Soy, pues, del cuerpo de los escogidos; Dios y los hombres me encomiendan sus mejores tesoros, y en mi humilde escuela, en mi oscura labor, en mi penoso trabajo, puedo levantar la vista al Cielo y decir: Señor, la obra que me encomendaste, perfeccioné; ahora deja que descansé tranquilo en los brazos de la esperanza, recordando que tienes prometida la gloria a quien cuide de tus pequeños (...). El mundo de la fe, de la honradez y del amor a la humanidad tienen puestos sus ojos en este humilde trabajador, y le animan diciendo: de ti esperamos que repares tantas ruinas como han causado la ignorancia y la barbarie, la incultura y la maldad. (Manjón, 1945: 14).

En estas palabras tan profundas, el padre Manjón muestra la grandeza del maestro para Dios. El maestro prudente sabe lo difícil que es educar, por eso empeña todas sus fuerzas. Sin vocación no podrá trabajar, sin salud tampoco. La mayor imprudencia consistirá en hacer algo que no sabe, que no conoce, actuando como un intruso. Los intrusos de la educación serán muy desgraciados. El maestro prudente piensa, juzga y ejecuta el bien. Razón y fe serán luces para él. El maestro prudente debe planear un método, no hay lugar para las improvisaciones, Manjón nos dice: "Es mejor el diálogo dirigido al discurso mejor hablado". (Manjón, 1945: 15).

Tener método y perseverar en el mismo ayuda a trabajar. El maestro prudente hace fácil y asequible lo difícil y costoso. Desde el principio hay que hacer bien las cosas, especialmente en las asignaturas difíciles, en la edad inmadura o cuando se manifiestan las dificultades. Manjón insiste: "Los maestros prudentes instruyen pero no atiborran. Al instruir no mareéis: ni con muchas cosas, ni con mucho saber de cada cosa, sino lo principal, bien sabido y ordenado, en relación con la vida". (Manjón, 1945: 20).

El maestro prudente sabe que no todos van para letrados. Hay que enseñar lo que van a necesitar para la vida. El maestro prudente e instruido ha de saber manejar la palabra, si no,

no es maestro. También ha de manejar la intuición, de la que nuestro autor, Manjón dice: "La intuición enseña a ver, observar, analizar, componer y utilizar las cosas, lo cual es de suma importancia para desarrollar facultades y adquirir conocimientos sobre la realidad". (Manjón, 1945: 26).

Los ejemplos sirven para ver la realidad de la vida. Mediante la acción hacemos lo que decimos. La memoria se debe cultivar. Los maestros han de usar los medios y recursos que han ido aprendiendo con la experiencia. No deben alejarse de la enseñanza fundamental perdiendo el tiempo en digresiones.

El maestro prudente ha de ser vigilante; primero, de sí mismo: que sus pensamientos no sean erróneos, que su corazón no se incline al odio, que su lengua no falte a la caridad, que su oído no sea dañado con lo que oye; segundo, de sus compañeros: que las murmuraciones y los desaires no perjudiquen la amistad. El padre Manjón resume así la virtud de la prudencia:

Maestro, si quieras ser prudente, conoce y ama la virtud de la Prudencia, con todas las condiciones que ella exige y las virtudes que de ella emanan o con ella más se revolucionan (...). Tú educa enseñando la ciencia y la virtud de la sabiduría; que es la ciencia de ser buenos y santos, y así cumplirás con tu deber. (Manjón, 1945: 20).

3.2.2. La virtud de la justicia

El padre Manjón define la virtud de la justicia, de acuerdo con la tradición, como una virtud moral y social:

Sin ella el hombre no puede ser bueno. Sin ella la sociedad sería imposible; virtud que inclina la voluntad, porque afecta a la voluntad más bien que al entendimiento; constantemente, porque la virtud si no es constante no es virtud; a dar a otro, porque la justicia no es sino la equidad e igualdad. (Manjón, 1945:30).

Nuestro autor conocía la clasificación de la justicia en función de lo que ordenase. Si la justicia ordena el deber de la comunidad con los suyos, es justicia distributiva; si ordena el deber de los súbditos con su comunidad, es justicia legal; y si regula la igualdad, es justicia comunitativa. Manjón anima a que cada educador examine dentro de sí mismo si es realmente justo en los tres ámbitos de la justicia. Al explicar esta virtud, la descubre en cada acto educativo del maestro, lo mismo en la veracidad de su enseñanza que en el uso de métodos pedagógicos correctos.

Un maestro que no estudia lo suficiente ni prepara bien las clases, no es justo con sus alumnos ni con la comunidad educativa. Además, recuerda a los maestros que el educando no debe ser engañado. Si le engañamos, cometemos una gran injusticia individual y social. Esta percepción que Manjón tiene de la virtud de la justicia en un maestro se relaciona con su idea de la formación integral del hombre. Manjón no sólo ve al educando como una persona individual sino integrado en una familia y una nación.

- El método del maestro para ser justo

El maestro justo guarda el orden y la disciplina en el aula porque debe infundir ese hábito en sus alumnos. Debe hacer hombres ordenados porque se les prepara para la vida. El maestro prudente y justo debe orientarse bien, porque sería imprudente e injusto desorientar a los

alumnos. Algunos maestros no saben cuál es el fin de la vida, con lo que difícilmente pueden ser maestros. Si el maestro desprecia la vida, hace perder el tiempo a sus alumnos. Desciende el valor del hombre y por eso lo desprecia.

El maestro justo es veraz porque ama la verdad. Nuestro autor insiste en la dificultad de arreglar una enseñanza averiada por la ignorancia, la superficialidad y la ligereza. De una escuela que se amamanta con el error culpable: "saldrá la doblez, el fraude, la astucia, la seducción y corrupción, la hipocresía, en resumen será un centro cultural de todo lo que es ruindad y miseria humana". (Manjón, 1945: 35).

Para Manjón, el maestro bueno es sincero: "Pero el maestro que es maestro debe ir, en su amor a la verdad y a la humanidad (que desea ver estrechamente unidas), a procurar que la verdad se haga querer, buscar y amar, y se convierta en bien y gozo para sus discípulos". (Manjón, 1945: 33).

En el Magisterio no nos podemos conformar con enseñar, simplemente dar el saber. Para nuestro autor, "el maestro cultiva con la verdad, la bondad y la belleza". (Manjón, 1945: 37).

Otro tema que trata Manjón en la virtud de la justicia es el de la propiedad. Nos dice: "La propiedad es indestructible, se funda en nuestra propia naturaleza, es hija de nuestra personalidad, y para que no hubiera propietarios habría que hacer que no hubiera hombres con hombría, y si sólo esclavos o cosas de otro; y aun así, aparecería el propietario de esos hombres-cosas". (Manjón, 1945: 35).

Nuestro autor habla del socialismo en estos términos: "El socialismo, pues sea de cátedra, sea de congreso, sea de club, es una utopía opuesta a la naturaleza, y si se lleva a la práctica, acabaría con la dignidad personal y con la libertad humana". (Manjón, 1945: 63).

La mejor manera de defender la virtud de la justicia es siendo justos, por eso nos dice: "Lo mejor es no comerciar (...). No abuséis cobrando más caro que en las tiendas, y al pobre jamás le pidáis nada, que tiene derecho a la enseñanza gratuita". (Manjón, 1945: 65).

Refiriéndose a las leyes civiles Manjón sabe que cualquier maestro debe cumplirlas, pero aclara que el problema surge cuando: "Las leyes humanas contradicen a las leyes divinas (...). Hay pues, en la sociedad humana verdades y leyes fundamentales que no pueden variar mientras no cambien la naturaleza de Dios y de los hombres". (Manjón, 1945:75).

Al padre Manjón le preocupaba mucho el problema de las familias desestructuradas, cuyos perjudiciales efectos sufrían los hijos. En una época en la que los maridos abandonaban a las mujeres sin ningún amparo legal, los hijos sentían un gran rechazo a la legislación y nos lo explica así:

Si fueras una leona, desgarrarías a quien te quisiera arrebatar dos de tus cachorros; siendo mujer súbdita de una legislación atea y decadente, un himno de gracias al legislador juez y parte que te privan de tus hijos queridos. El machismo es el amo, y tú la víctima. Los hijos desgraciados de esta víctima aprenderán en esa lección que el capricho, la luxuria y la inconstancia valen ante las leyes mucho más que ellos y su madre, y odiarán y despreciarán a tal sociedad y a tales leyes y a tales autoridades que amparan tales abusos de tales hombres o machos. (Manjón, 1945: 37).

3.2.3. La virtud de la fortaleza

Manjón define la virtud de la fortaleza como "la virtud que da fuerzas para vencer las dificultades y superar los obstáculos que se oponen al buen obrar. Es la valentía probada de los buenos". (Manjón, 1945: 100).

La práctica de la virtud no es fácil, exige un esfuerzo. Por eso necesitamos la fortaleza. La

vida es una continua batalla en la que antes que perecer hay que luchar. Pero esta idea de la lucha del padre Manjón no es agresiva sino todo lo contrario. La lucha es con nosotros mismos, una forma de superación.

Pieper lo aclara muy bien citando a Santo Tomás cuando explica que la ira ayuda a la fortaleza sólo al atacar el mal, y añade:

Debe quedar bien sentado que lo más propio de la fortaleza no es el ataque, ni la confianza en sí mismo, ni la ira, sino la resistencia y la paciencia. Mas no -y nunca se repetirá lo bastante- porque la paciencia y la resistencia sean en absoluto algo mejor o más perfecto que el ataque y la confianza en sí, sino porque el mundo real está constituido de tal forma que sólo en el caso ya descrito de más extrema gravedad, el cual no deja otro margen a la actitud de oposición que la resistencia, puede revelarse la última y más profunda fuerza anímica del hombre. (Pieper, 1997: 202).

El padre Manjón sabía que para vivir la virtud de la fortaleza hay que ser pacientes, porque aceptamos nuestra limitación y condición humana mirando hacia la superación. Sabe que el maestro fuerte y paciente es capaz de dar testimonio a los alumnos, porque el mal ejemplo puede hacer mucho daño: "Los malos ejemplos ayudan a caer a nuestra pobre naturaleza, la cual, al ver que los malos triunfan y los buenos se aíslan, déjanse arrastrar por el torrente demoledor del escándalo, y se ahoga el grito de la conciencia con el más ruidoso y ensordecedor del interés, la pasión, la burla o el aplauso". (Manjón, 1945: 104).

- El método del maestro para ser fuerte y paciente

El maestro fuerte es paciente, continúa Manjón. El sufrimiento es algo inherente al hombre y el maestro debe aceptar que no siempre se valore su trabajo. Cuántos disgustos y cansancios sufre el maestro. Nuestro autor nos dice que si el maestro es paciente no se desesperará ante la falta de gratitud y reconocimiento de su trabajo, porque Dios nos ve y añade:

Más si el maestro es paciente y sufrido, de los males saca bienes, y sabiendo que la vida es lucha, en la prueba se agranda y crece, y siendo cristiano, todo lo mira desde muy alto y con el ojo de la fe, ilustrada por la razón; entiende que por mucho que padezca, más merecen sus culpas, y a más penar mayor gloria le espera; él sabe que todo, menos el pecado, pasa por sus manos. (Manjón, 1945: 101).

Nuestro autor anima a los educadores a que pidan paciencia a Dios, porque no sólo nos la dará sino que será en abundancia. El maestro no debe dejarse llevar por la impaciencia. El cansancio puede llegar cuando se repiten las mismas cosas todos los días y parece que no cautiva el interés de los alumnos. Si el maestro pierde la paciencia, nos recuerda Manjón, empleará palabras groseras o inapropiadas. El maestro fuerte es constante y sabe perseverar. Con la perseverancia no concluimos nada porque lo haremos en la Gloria. Los enemigos de la perseverancia, según Manjón son:

La falta de convicción y fe en lo emprendido, la superficialidad y ligereza en los propósitos, la pusilanimidad y cobardía en las dificultades, la flojera y desidia, la molestia y el cansancio, sobre todo en las obras que exigen trabajo por largo tiempo, y, cuando se trata de obligaciones de conciencia, la falta de rectitud de ésta, de delicadeza, temor y amor a Dios. (Manjón, 1945: 104).

Manjón nos recuerda la tristeza que siente un maestro cuando ve que todo lo que enseña

en la escuela se desmorona en la familia del alumno. Pero el maestro fuerte no se desanima, pasarán muchas generaciones por él y siempre seguirá siendo ese tronco fuerte y robusto.

3.2.4. La virtud de la templanza.

El padre Manjón nos dice que la virtud de la templanza enseña a dominar las inclinaciones que nos apartan del bien:

La prudencia señala el fin y los medios que a él conducen; la justicia enseña a cumplir los deberes para con Dios y el prójimo; la fortaleza es el vigor y fuerza para vencer los obstáculos que al hacer el bien se presenten, y la templanza refrena los apetitos sensuales, haciendo al alma señora del cuerpo y rectora dominadora de todos los sentidos y pasiones. (Manjón, 1945: 137).

Como ocurre con las virtudes anteriores, hoy su significado ha perdido contenido en el lenguaje popular. Como señala Pieper, al hablar de templanza sólo se piensa en la comida y la bebida, cuando abarca mucho más, la templanza nos ayuda a experimentar el amor a Dios, raíz y madre de todas las virtudes, no entiende de medidas ni de medianías y añade:

La templanza tiene un sentido y una finalidad, que es hacer orden en el interior del hombre. De ese orden, y solamente de él, brotará la tranquilidad de espíritu. Templanza quiere decir, por consiguiente, realizar el orden en el propio yo. (Manjón, 1945: 225).

Manjón insiste en que el maestro debe cultivar la templanza dentro de sí mismo y con sus alumnos nunca es suficiente. El maestro debe ser muy riguroso al enseñar a los jóvenes esta virtud, porque tendrá que luchar con la burla previsible contra la fe. Manjón no dice:

Maestros del bien, sabed que la sociedad actual es la escuela del mal, y que habréis de trabajar por salvar de la peste a quienes viven en una atmósfera pestilencial. Vosotros no diréis nada malo a vuestros discípulos; pero tened por cierto que a los ocho años unos, otros a los diez y casi todos a los doce, lo saben todo. ¿Quién se lo ha dicho? (Manjón, 1945: 139).

Todos los educadores conocemos la influencia del entorno. Pero un maestro lleno de virtudes cuenta con ello y no tiene miedo, porque sabe que con Dios se puede todo. Manjón desde su realismo nos dice: "Ésta es la tierra estragada que os dan para sembrar y cultivar; en esta atmósfera deletérea habréis de educar; contra esta escuela de perversión". (Manjón, 1945: 148).

Pieper (1997) nos explica que la templanza es diferente a las otras tres virtudes porque revierte directamente en el hombre, en sí mismo. Es el buen hábito que carece de egoísmo.

- El método del maestro para ser templado

El padre Manjón pide que el maestro sea puro; le preocupa, especialmente, que el alumno conozca esta virtud, porque en la escuela pueden darse muchos ataques a ella. Manjón da otra indicación a los maestros en relación con esta virtud: cuidar la salud. La enfermedad impide la dedicación a la enseñanza:

Es imposible que un maestro enfermo preste el trabajo que exige una escuela, y es un absurdo suponer vocación en quien carece de un medio indispensable para ejercer la profesión. No defraudes a la familia, la sociedad y la patria, ocupando malamente un puesto que no puedes desempeñar como es

debido, y más cobrando un sueldo que no ganas, por reducido que sea". (Manjón, 1945: 96).

El maestro no puede trasnochar ni abandonarse a la mala vida. Debe al contrario llevar una vida ordenada, moderar los apetitos y las pasiones y comer igualmente con moderación. Siempre que pueda, el maestro ha de enseñar en el campo, ya que éste es más sano para el cuerpo. Ha de preocuparse por la salud de los niños y los jóvenes como si fueran sus propios hijos. El aire, la luz, el calor, el juego, el aseo y la alegría, todo esto es bueno para los alumnos. Si a esto se añaden los árboles, los pájaros, las flores y las plantas, la escuela será un lugar de cultura, tranquilidad y alegría.

El lujurioso no puede ser maestro porque, según Manjón, no es libre sino víctima de sus pasiones; le falta voluntad. La castidad, la continencia, la mansedumbre, la sobriedad, la humildad son las partes de la templanza que debemos vivir. Si las vivimos, seremos capaces de inculcarlas a nuestros alumnos. El maestro debe tener decoro en el vestir y en los modales y nos recuerda que no hagamos el ridículo en el aula: "Cuando hay honor y decoro hay decencia y hermosura moral en el sujeto, y la concupiscencia de la carne halla freno poderoso dentro del que sufre la pasión; pero si faltan el decoro y la vergüenza, no hay bestia que iguale a la bestia humana. (Manjón, 1945: 150).

El hombre está hecho para el bien. La falta de templanza le destruye, le daña en lo más profundo de su ser, en su misma esencia; le quita la paz del espíritu. De ahí la insistencia del padre Manjón en la vigilancia de esta virtud en los niños y jóvenes. Sabe el daño que les puede hacer. Nuestro autor, en la virtud de la templanza, trata el tema de los sexos, el hombre y la mujer. Trabajó a favor de la educación de la mujer porque fundó su primera escuela con catorce niñas. En la virtud de la templanza, el padre Manjón habla del trabajo y el descanso:

Si es necesario el trabajo, también lo es el descanso, y por lo mismo que uno y otro es ley de humanidad, ha fijado la proporción de los dos el autor de la naturaleza: *Trabajaráis seisdías y el séptimo descansarás* (...). La ley de la semana es divina y humana; la ha dado Dios clavándola en las capas de la tierra por los días genesiánicos y grabándola en las tablas de la Ley. (Manjón, 1945: 164).

Nuestro autor critica la avaricia de la burguesía que es justificada por la libertad de comercio. Aconseja a los maestros que sean ordenados en su trabajo, con afán de saber. Alerta no obstante contra el peligro de que el afán de saber se vuelva demasiado grande para su formación y sus fuerzas. Manjón nos dice que cuando hagamos bien el trabajo, debemos decirle al Señor: "Señor, ni el que planta ni el que riega es algo, si Tú no das el crecimiento. Y no te dejes llevar por una humildad perezosa ni de una actividad vanidosa: sé a la vez laborioso y modesto". (Manjón, 1945: 171).

El último tema que trata Manjón en la virtud de la templanza es la alegría en el aula como un esfuerzo de superación. Aunque tengamos motivos personales para no estarlo nos anima a:

Moderar las penas, no infundir tristeza a los alumnos y pesimismo: ¿De qué modo se logrará esto? Apartando el alma de la culpa, que es semillero de remordimientos; practicando la virtud, cuya recompensa es gozo y dicha temporal y eterna; disminuyendo las penas con el alivio y los consuelos; atenuando los males con la esperanza de los bienes, y aun convirtiendo esos males en bienes y esas penas en alegrías. (Manjón, 1945: 173).

Conclusiones

La gran aportación del padre Manjón a la escuela actual es la exigencia al maestro. No debemos limitarnos a mostrar a los jóvenes los valores como algo bueno y socialmente correcto. La labor del educador es mucho más que eso. Debemos procurar que el niño y el joven reconozcan y hagan suyos los valores; que configuren con ellos su propia vida aspirando a la virtud. En la sociedad actual no podemos perder de vista la fuerte atracción que ejercen sobre los niños y los jóvenes los valores contrarios: valores subjetivos que nos animan a medir la realidad en función de nuestros intereses particulares. Por este motivo, la labor de un buen maestro es hoy más decisiva que nunca.

La obra del padre Manjón nos ilumina en nuestra misión pedagógica. Nos insta a potenciar y dinamizar la enseñanza de los valores insertándolos en la médula misma del proceso enseñanza-aprendizaje. Debemos no sólo mostrar y explicar los valores, sino indicar a los alumnos el modo de realizarlos en su vida diaria. Los valores son universales. Aunque no los reconoczcamos, siguen reclamando nuestra atención. De nada valdría hablar de ellos sin el conocimiento extenso y profundo de las virtudes fundamentales: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

Los jóvenes deben no sólo aprender, sino experimentar la fuerza y la sabiduría que proporciona la práctica de la virtud. Si los maestros conseguimos que los alumnos adquieran buenos hábitos, les ayudaremos a encontrar sentido a su vida y a formar un proyecto de futuro. La virtud es un hábito que se puede aprender. En este proceso de aprendizaje el maestro es el actor. Deberá desarrollarlo aplicando todo su arte educativo y, primeramente, luchando por amor, por adquirir y conservar esas virtudes fundamentales.

El padre Manjón se detiene en el ideal del maestro. Ha de ser formado, auténtico y coherente en su vida, porque va a ser referente, guía y modelo para el alumno. El maestro debe ser antropólogo y conocedor del ser humano. Debe conocerse a sí mismo para conocer al alumno. Este conocimiento le ayudará a descubrir las debilidades y fortalezas que puede haber en la labor cotidiana del aula. Manjón desarrolla en su obra una tipología de maestros en función de la mala práctica de las virtudes. Nos habla del maestro apasionado, sentimental, excesivamente religioso, perfeccionista... En todas estas situaciones el maestro revela su desconocimiento de la naturaleza del hombre.

Con la virtud de la prudencia veremos nuestra realidad tal cual es; con la virtud de la justicia seremos honestos, veraces y solidarios; con la virtud de la fortaleza tendremos paciencia para sobrellevar nuestros problemas y ayudar a los demás con los suyos; y con la virtud de la templanza tendremos paz interior porque nos beneficiaremos de la heroicidad que supone la práctica de la moderación. Estas virtudes son la base para conseguir el perfil de maestros que los alumnos demandan, hoy. En una investigación realizada en tercer ciclo de primaria, los estudiantes querían un tipo de maestro: cercano, sensible, exigente y entusiasta (Jiménez y Navaridas, 2012: 471).

Finalmente, Manjón recuerda al maestro cristiano que su trabajo puede elevarle a Dios. Tiene la oportunidad de desarrollar las virtudes teologales. Con la fe, sabe que no está solo y que puede descansar su labor en la virtud de la esperanza con la certeza de un premio en el cielo. Con la caridad, llegará a la máxima de las virtudes descubriendo en cada alumno al hijo, creado, querido y amado por Dios. C

Las virtudes en el proyecto educativo del padre Manjón

Cristina Ruiz-Alberdi Fernández

Bibliografía / Bibliography

- AGEJAS, José Ángel. *La tarea de ser mejor*. Madrid: Universidad Francisco de Vitoria, 2007.
- BARRIO, José María. *Elementos de antropología pedagógica*. Madrid: Ediciones Rialp, 2004.
- BENEDICTO XVI. *Ser cristiano*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer S.A. 2007.
- CARREÑO, Myriam. (Ed.). *Teorías e Instituciones Contemporáneas de Educación*. Madrid: Síntesis, 2000.
- JIMÉNEZ, TRENS M. A.Y NAVARIDAS NALDA, F. "Cómo son y qué hacen los maestros excelentes: la opinión de los estudiantes". *Revista Complutense de Educación*. Vol. 23 Núm.2, pp. 463-485, 2012.
- MANJÓN, Andrés. *El maestro mirando hacia dentro*. Madrid: Patronato de Las Escuelas del Ave María, 1945.
- MANJÓN, Andrés. *Diario del Padre Manjón 1895-1923*. Madrid: BAC, 2003.
- MANJÓN, Andrés. *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1897-1898 en la Universidad de Granada leído por el doctor Don Andrés Manjón. Catedrático Numerario de la Facultad de Derecho*. Granada: Imprenta de Indalecio Ventura, 1897.
- MONTERO VIVES, José. *¿Qué es educar? Realizaciones y criterios de Andrés Manjón en torno a la educación*. Granada: Centros de estudios pedagógicos y psicológicos Andrés Manjón, 2004.
- PIEPER Joseph. *Las Virtudes fundamentales*. Madrid: Ediciones Rialp, 1997.
- POLAINO, Aquilino. *Antropología e Investigación en las ciencias humanas*. Madrid: Unión Editorial, 2010.
- PERAMOS, Francisco. *Un gran pedagogo, El Padre Manjón*. Madrid: Temas españoles, 1959.
- PRELLEZO, José María. *Manjón educador. Selección de sus escritos pedagógicos*. Madrid: Magisterio Español, 1975.
- STEIN, Edith. *La estructura de la persona humana*. Madrid: BAC, 2002.

Fuentes electrónicas

- BENEDICTO XVI. *Homilia en la celebración de la Vigilia Pascua, 2009* [en línea] [Consulta: 20 junio 2013]. <http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2009/documents/hf_ben-xvi_hom_20090411_veglia-pasquale_sp.html>

Agradecimiento / Gratefulness

Agradezco la ayuda a D. Ángel Sánchez Palencia, Doctor en Filosofía, profesor titular de la Universidad Francisco de Vitoria de Madrid.



Universidad
Francisco de Vitoria
UFV Madrid

www.comunicacionyhombre.com

REVISTA CIENTÍFICA INTERNACIONAL INDEXADA EN:

BASES DE DATOS INTERNACIONALES SELECTIVAS

IEDCYT
EBSCO TOC Premier

PLATAFORMAS DE EVALUACIÓN DE REVISTAS

IN- RECS
MIAR
Latindex. Catálogo y directorio

DIRECTORIOS SELECTIVOS

ULRICH'S

OTRAS BASES DE DATOS BIBLIOGRÁFICAS

DIALNET
UNERevistas
Jaume I
CIRC

HEMEROTECAS SELECTIVAS

Redalyc

PORTALES ESPECIALIZADOS

Red iberoamericana de revistas de Comunicación y Cultura
Conservatorio.com
Portal de la Comunicación Universia

BUSCADORES DE LITERATURA CIENTÍFICA OPEN ACCESS

DOAJ
Dulcinea
E- REVISTAS
La críee
Google Académico
Google Books

CATÁLOGOS DE BIBLIOTECAS

REBIUN
New Jour
ZBD
WORLDCAT
COMPLUDOC
COPAC
CISNE

2014